

HOMILÍA DEL SR. CARD. MARIO A. POLI

en la Misa del Orden de las Vírgenes Consagradas

Iglesia Catedral | 3 de Septiembre de 2016

Queridos hijos.

Estas hermanas nuestras, Patricia, Nora y Claudia, que hoy recibirán de la Iglesia la consagración virginal, provienen del pueblo santo de Dios y de sus familias: son hijas, hermanas y amigas unidas a ustedes por la convivencia o el parentesco.

El Señor las llamó para unir las más estrechamente a sí y consagrarlas al servicio de la Iglesia y de todos los hombres. Su consagración les exigirá una mayor entrega para extender el Reino de Dios y las obligará a trabajar intensamente para que el espíritu cristiano penetre en el mundo. Pensad entonces el gran bien que realizarán y las copiosas bendiciones que podrán obtener de Dios a favor de la santa Iglesia, la sociedad humana y sus familias, mediante sus oraciones y trabajos.

Ahora me dirijo a ustedes, queridas hermanas en Cristo, y las exhorto impulsado más por el afecto que por la autoridad. La verdadera patria de la vida virginal que ustedes desean es el Cielo; su fuente es Dios; porque es de Dios, como de una fuente purísima e incorruptible, de donde mana este don sobre alguna de sus hijas, que a causa de su integridad virginal son consideradas por los antiguos Padres de la Iglesia como imágenes de la eterna

incorruptibilidad de Dios.

El mismo Padre Todopoderoso, al llegar la plenitud de los tiempos, mostró en el misterio de la Encarnación del Señor cuánto ama la virginidad: eligió una Virgen en cuyo seno purísimo, por obra del Espíritu Santo, el Verbo se hizo carne y la naturaleza humana se unió con la divina, como el esposo se une a la esposa. También el divino Maestro exaltó la virginidad, consagrada a Dios a causa del Reino de los Cielos. Con su vida, pero en especial con sus trabajos y predicación, y sobre todo con su misterio pascual, dio origen a la Iglesia que quiso fuera Virgen, Esposa y Madre: Virgen por la integridad de su fe; Esposa por su indisoluble unión con Cristo; Madre por la multitud de hijos.

Hoy, el Espíritu Paráclito, que por el agua vital del bautismo hizo del corazón de ustedes templos del Altísimo, por medio de mi ministerio, las enriquecerá con una nueva unción espiritual y las consagrará con un nuevo título a la infinita grandeza de Dios. Y también elevándolas a la dignidad de esposas de Cristo, las unirá con un vínculo indisoluble al Hijo de Dios. ¹

1. *Alocución del Ritual de la Consagración de Vírgenes. Congregación para el Culto Divino.*



Momento de la celebración de la consagración de vírgenes

En la vida de la Iglesia, el Orden de la Vírgenes Consagradas surge en los tiempos en que San Ambrosio de Milán, en las últimas décadas del siglo IV, alentó a pequeños grupos de jóvenes que aspiraban a vivir una vida austera, con la observancia de la castidad, alimentadas por la Palabra de Dios, el ayuno, la práctica de las obras de misericordia y otras prácticas ascéticas. Vivían en el ámbito familiar y las identificaban por su espíritu de servicio a los pobres y enfermos, y todo lo realizaban con discreción y serena alegría.

Aquellas jóvenes, como hoy ustedes, escucharon de boca del pastor Ambrosio estas palabras: «Adviertan hijas, cuántas cosas le entrega el Espíritu Santo, según el testimonio de la Sagrada Escritura: el Reino, el oro y la belleza.

El Reino, ya sea porque eres esposa del Rey

eterno, ya sea porque teniendo un ánimo invencible, no eres esclava de las seducciones de los placeres, sino que las dominas como una reina.

El oro, porque así como esta materia es probada por el fuego, se hace más preciosa, del mismo modo la hermosura del cuerpo virginal aumenta al ser consagrada por el Espíritu Santo.

La belleza, porque ¿qué mayor hermosura puede darse, que aquella de la que se enamora el Rey, es aprobada por el Juez, ofrecida al Señor y consagrada a Dios, siempre esposa, siempre virgen, para que tenga un amor sin fin y el pudor permanezca intacto?» (De Virginitibus, I, 37) 2 ■

2. San Ambrosio, *Sobre las Vírgenes y las Viudas*, a cargo de Domingo Ramos-Lissón, en *Fuentes Patrísticas*, Ed. Ciudad Nueva, Madrid, 1999.

«Sus obras, queridas hijas, se comparan a un panal de miel, -dice San Ambrosio-, ya que la virginidad se puede parangonar con las abejas: así es de trabajadora, pudorosa y casta. La abeja se alimenta de rocío, no conoce la unión sexual, produce miel. Así también, el rocío de la virgen es la Palabra Divina, porque las palabras de Dios descienden como el rocío. El pudor de la virgen es la naturaleza incorrupta. El fruto de la virgen es la palabra de sus labios, exenta de amargura, fecunda de dulzura. En común es el trabajo, y común es el fruto.» (Ídem, I, 40).

«Así pues, ponte las alas, ¡oh virgen!, pero las alas del espíritu para sobrevolar los vicios, si quieres alcanzar a Cristo que tiene sus morada en las alturas... (Salmo 112). Busca con gran diligencia esa flor tan preciosa, que no se encuentra, sino en las profundidades de tu corazón; porque exhala con frecuencia su perfume a los humildes.» (Ídem, I, 45).

Les pido encarecidamente que no se clericalicen, por el grave peligro que implica perder la vocación bautismal y secular del orden de las vírgenes.

“A imitación de la Madre de Dios, deseen ser llamadas servidoras del Señor. Conserveen íntegra la fe, mantengan firme la esperanza, acrecienten la caridad sincera. Sean prudentes y velen, para que el don de la virginidad no se corrompa por la soberbia.

Con el Cuerpo de Cristo renueven sus corazones consagrados a Dios; fortalézcanse con ayunos, reanímense con la meditación de la Palabra de Dios, la oración asidua y las obras de misericordia. Que vuestra vida

esté escondida con Cristo en Dios. Oren con insistencia y de todo corazón por la propagación de la fe y la unidad de los cristianos. Rueguen solícitamente al Señor por los matrimonios. Acuérdense también de aquellos que habiendo olvidado la bondad del Padre se apartaron de su amor; así, Dios misericordioso salvará con su clemencia a los que no puede salvar con su justicia.

En el ejercicio de vuestro apostolado, tanto en la Iglesia como en el mundo, en el orden espiritual como en el temporal, que vuestra luz brille ante los hombres para que el Padre del cielo sea glorificado, y así llegue a ser realidad su designio de recapitular en Cristo todas las cosas. Amen a todos, especialmente a los necesitados; según sus posibilidades ayuden a los pobres, curen a los enfermos, enseñen a los ignorantes, protejan a los niños, socorran a los ancianos, conforten a las viudas y a los afligidos.

Ustedes, que a causa de Cristo han renunciado al matrimonio, serán madres espirituales cumpliendo la voluntad del Padre y cooperando por vuestro amor a que numerosos hijos de Dios nazcan o sean restituidos a la vida de la gracia.

Cristo, el hijo de la Virgen y Esposo de las vírgenes, será ya aquí en la tierra, alegría y recompensa vuestra, hasta que os introduzca en su Reino; allí, entonando el canto nuevo, seguiréis al Cordero divino donde quiera que vaya.” 3 ■

3. *Alocución del Ritual de la Consagración de Vírgenes. Congregación para el Culto Divino.*